

*Cara de culo en
el día de la madre*
y otros cuentos

LEONARDO DOLENGIEWICH



Dolengiewich, Leonardo

Cara de culo en el día de la madre y otros cuentos /
Leonardo Dolengiewich. - 1a ed. - Morón : Macedo-
nia Ediciones, 2024.

82 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-8255-48-4

1. Cuentos. 2. Cuentos contemporáneos. I. Título.
CDD A860

Macedonia Ediciones

Cartagena 924 - 1708 Morón, Provincia de Buenos
Aires, Argentina.

<http://www.macedoniaediciones.com.ar/>

<https://www.facebook.com/macedonia.ediciones>

macedonia.ediciones@gmail.com

© Leonardo Dolengiewich, 2024

© Macedonia Ediciones, 20204

Ilustración y diseño: Elio Rodríguez

[Instagram.com/elio.rodri3z/](https://www.instagram.com/elio.rodri3z/)

[Behance.net/eliasrodriguez](https://www.behance.net/eliasrodriguez)

Primera edición, diciembre 2024

Se dice que hay varias maneras de mentir, pero la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad, ocultando el alma de los hechos. Porque los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene.

de la novela *El pozo*,
de Juan Carlos Onetti

*Son tus ojos los que han cambiado, cariño.
La película es la misma.*

de la película *Dolor y gloria*,
de Pedro Almodóvar.

Durante años la hija se había sentido culpable por el tono de malestar que tenían las relaciones con su madre, en comparación con la espontaneidad que traía Juan Pablo. Solo cuando ella misma fue madre, solo mirándose por dentro con más crueldad de lo que es capaz la mayoría, se perdonó un poquito, a costa de una acusación mucho más grave. Las madres, había descubierto con horror, no sienten igual con respecto a todos sus hijos, no los tratan de la misma manera. Ella y su hermano, creyó entender, quizá no habían tenido la misma madre.

del cuento *Amim o la caída*,
de Ana María Shua

Microprólogo

La gente sigue sin ser buena... incluido el autor.

¿Prólogo?

Esto empezó en Whatsapp.

Leo: Hola, cómo estás? Me gustaría hablar con vos para hacerte una propuesta/pedido. Avisame cuando puedas y te llamo.

No sabemos cuántas personas recibieron este mensaje, pero cuatro contestamos. Acostumbrades a los desafíos que el Leo nos propone cada jueves en el taller, lo aceptamos. Ignorantes de la magnitud del quilombo en el que nos estábamos metiendo, pero animades por el hecho de que nadie lee los prólogos, aquí estamos.

Como el taller de este escritor mendocino no es de prólogos, sino de microficción y cuentos, esto tendrá sabor más narrativo que prologante.

Presencia

No quiero cerrar los ojos. No quiero volver a verte.

Descubrí al Leo en este texto de su primer libro, “La buena cocina”, y decidí buscarlo. Me hizo ver cosas de mí misma y de la literatura que desconocía, y al mismo tiempo, creó un espacio que me habilitó a hacer cosas que no sabía que podía hacer. No sabía que podía escribir, reconocer la microficción y, menos todavía, crearla. Hoy, me encuentro en un camino similar al del maestro, hacia los cuentos. ¿Soy, entonces, un personaje de su literatura?

Si fuera, en efecto, un personaje de las microficciones del Leo, tendría que morir al final de estas páginas.

Pero no, porque en “Cara de culo en el día de la madre y otros cuentos” me encuentro con el cuentista y el psicólogo, que me permite seguir descubriéndome en mis complejidades y matices. Ya no sé quién soy. ¿Alguien que impone sus convicciones a sus afectos? ¿Una persona que no sabe recibir ayuda u otra que pone en jaque la moral dominante por una amiga? ¿Una madre que se posterga, se arrepiente, sufre, goza? Porque en estos cuentos hay algo de mí. Estos personajes me arrinconan, me empujan. Siguen siendo “Colibríes feroces” que

revolotean, me zumban, me interpelan: ¿qué haría yo en estas situaciones?

Me van atravesando todas estas voces. A veces soy más sarcástica, a veces más incisiva. A veces, guardo silencio para no lastimar y, otras, no filtro la malicia. Puedo ser empática o egoísta.

Todo esto soy, pero no al mismo tiempo. Todo esto voy descubriendo, de acuerdo a dónde estoy, con quien vivo, de acuerdo a mi clase social, a mis posturas políticas, a mis coordenadas de género y generacionales.

Ahora pienso en vos, lector: sin saber de dónde ni cuándo sos, me gustaría invitarte a respirar esta atmósfera argenta, actual, cotidiana, donde “La gente no es buena”, pero tampoco es mala.

Maga Rojo¹

1. **M**ariano Giampietri, **G**abriela Araujo, **R**omina Andrea Barboza y **J**orge Aguiar.

Perrhijo

Vaya a saber qué vio la psicóloga que la atiende a mi prima Amalia que le recomendó que, mientras hacía el tratamiento de fertilidad asistida, adoptara un perro y lo tratara como a un hijo: que le pusiera un nombre, lo vistiera, lo sacara a pasear en un cochecito de bebés, lo llevara a visitar a los abuelos (los padres de mi prima), lo hiciera dormir en una cuna, lo sentara a la mesa y le diera la misma comida que comían ella y su marido...

Y vaya a saber qué le vio mi prima a esa psicóloga para haberle dado bola. La matrícula, no creo. La cosa es que le hizo caso. Un batata adoptaron. ¡Un batata!, ¡un perro que parece viejo desde que nace, para hacer de niño! Le hicieron la ropa a medida con una modista canina (yo no tenía idea de que tal cosa existiera, pero parece que, para ricos y para locos, hay de todo en la viña del Señor). Un body fue lo primero que le mandaron a hacer, para que fuera más fácil cambiarle los pañales. Mi mamá me lo cuenta muerta de risa. Pero parece que mi reacción es bastante lejana a la que ella espera, así que se pone seria e intenta una defensa: que yo sé que mi prima ha tenido depresión y que ha estado mucho

tiempo de psiquiatra en psiquiatra, sin darle en la tecla exacta, que el sueño de su vida es ser madre, que yo le tengo que poner onda a la situación para no sumar más problemas...

—Pero esto ya es demasiado, ma. Que ella esté todo lo chiflada que quiera estar, que haga de su culo un florero si quiere. Pero yo no me voy a dejar arrastrar por su locura.

—Yo no te digo que vayas todos los días o que le hagas regalos o le hables al perro. Si no te sale, no te sale. Pero si alguna vez ellos te quieren ir a visitar o si te los encontrás en una juntada familiar, no armes un escándalo. Solo eso.

—No prometo nada. Voy a hacer un esfuerzo. Por vos lo voy a hacer. Pero no prometo nada.

—Te quiero, hijita.

La verdad es que dan cringe mi prima y su pareja. Yo no los veo. Pero la tengo a ella en las redes sociales. Su vida pasó a ser un reality show. Veinte historias por día: *desayunando con el perrhijo* (Amalita dixit); *Yendo al trabajo, te voy a extrañar Batato* (foto del perro con sombrero mexicano y cara de “mántenme, por favor”); selfie con cara pensativa: *que estará haciendo mi Tato?*; *Hijo te extrañé*; *A dormir temprano que mañana tenés un cumple Tato tato*. Y también las otras historias: *llegando a la Gineco, deseennmé suerte*; *Una grossa* (foto con la ginecóloga y varios emojis

de bracitos haciendo fuerza); foto del test de embarazo (brillante, mojado, meado) en primer plano, con una sola rayita, y de fondo las caras de ellos dos con gesto exagerado de tristeza y los puñitos a los lados de los ojos, como mimos que quieren dar a entender que están llorando. Yo no sabía que los tratamientos de fertilidad incluían lobotomía, pero las pruebas abundan.

Lo peor es encontrarme con gente que tenemos en común y que me pregunten Qué onda tu prima. *¿Qué onda mi prima?*, qué sé yo, vive en Narnia, está a la vista de todo el mundo. ¿Qué me preguntás a mí?, ¿qué soy yo?, ¿la madre de la boluda?, ¿la abuela del perro? Todo eso pienso mientras contesto *Bien, abí anda, haciendo su proceso*, o alguna pelotudez similar. Una es esclava de sus palabras, así que yo prefiero sarasear y no decir nada.

Después de una tortura de meses, mi prima ha logrado por fin quedar embarazada. Lo contó en el cumpleaños de mi mamá (tres golpecitos con el cuchillo a una copa, abrazo al perro, ojos llenos de lágrimas), mientras el esposo transmitía en streaming desde su celular la reacción de la familia. Yo tenía unas ganas de arrancarle el celular de las manos al tipo y tirarlo por la ventana... Si no lo hice, fue

por mi mamá. Era su cumpleaños y tuve eso como norte: era su día, su festejo, y yo no se lo podía cagar. Número redondo, para colmo. No todos los días se cumplen setenta años. Los que se pasaron por los huevos todo eso fueron estos energúmenos. ¿No podían dejar de protagonizar ni un segundo?, ¿no podían pensar que mi vieja y sus setenta iban a quedar en segundo plano después de la noticia? Era para matarlos.

De todos modos, alguna ficha les cayó —o alguien los cagó muy bien a pedos— porque me acababa de llamar mi vieja contándome que hoy, dos días después del cumple, acaban de llamarla pidiéndole disculpas por la escena, por haberlo hecho de ese modo y durante su cumpleaños. Y hasta subieron por primera vez en mucho tiempo una historia de una foto sin el perro; sin el perro y con ella, felicitándola por su cumpleaños. Para como venía la mano, un montón.

Es increíble. En lo que va del embarazo, mi prima está más centrada que nunca. Dejó de publicar tanta pelotudez y empezó a hacer algo un poquito más normal, lo de toda embarazada: foto con las manos abrazando una panza que apenas se abulta, fotos de la panza con unos escaarpines rosados

encima y un *Te esperamos Mica*, fotos de ellos tres (el perro aún vestido, humanizado) y la leyenda *Te esperamos Pipi, con tu papá y tu hermanito Tatito*. Eso es lo único que no se ha enderezado: el perro sigue vestido, durmiendo en la cuna o haciendo colecho (falta que le dé la teta, nomás). Aunque no queda otra que confiar: realmente, nunca la vi tan bien a Amalia. Conecta con la gente, se interesa por el otro, se calla y escucha, escribe para saber cómo está una sin ningún pedido bajo la manga... Algo de esa terapia, o de la medicación psiquiátrica, o del embarazo, le ha puesto un poco los patitos en fila. Y, de a poco, a todos se nos ha ido haciendo familiar la presencia del perrhijo. Ya es parte de la escena.

Los primeros meses vienen siendo así, sin mucha novedad. Todos, de alguna manera, hemos logrado surfear la situación. En la familia y entre los amigos ya no se habla del perro entre dientes y a espaldas de mi prima y su marido. De hecho, ya casi nadie lo llama “el perro”. Hablan del Batato, del Tato o del perrhijo. Algunos, incluso, han empezado a subir con orgullo fotos a las redes con el susodicho.

Hasta yo fui una lady y me fui a su casa una vez a cuidarles el perro mientras ellos se iban a hacer una ecografía. Todo muy polite. Yo, con el solo hecho

de no “desubicarme”, evito darle disgustos a mi vieja y me aseguro un buen adelanto de herencia disimulado en pequeños pero frecuentes pedidos de rescate financiero.

Hay baby shower. Y tengo que participar. Me obligó mi vieja. Con una mirada, me hizo saber que no podía no ir. Pero, bueno, yo aprovecho la oportunidad. Aunque dudo ya de todo, le hago un regalo que pienso que va a ayudar a terminar de ordenar las cosas. Le he traído una cucha y sábanas nuevas para la cuna. Sábanas bordadas que dan claras indicaciones de lo que debe ser. *Para que vayas acomodando cada cosa en su lugar*, le digo mientras extendo el regalo frente a todo el mundo. Y casi todos los presentes celebran mis palabras con risas y asentimientos exagerados con la cabeza.

Y la niña nació. Y, efectivamente, mi prima ha ordenado todo como corresponde: un perro nuevo —no humanizado— en la cucha y mis dos sobris en la cuna, con unas sábanas hermosas que tienen bordada la leyenda *Tato y Mica*.

Cara de culo en el día de la madre

¿Vos querés saber por qué tengo esta cara de culo? ¿Justo hoy, en el día de la madre, con cara de culo? Otros años ha sido de tristeza, pero vos eras muy chica para notarlo. Estabas en otra, en la tuya. Ahora estás adolescente y desafiante y me preguntás para romperme las pelotas. Pero, vení, sentate. Acompañame a liquidar lo que queda de este vino. Hay una historia que está bueno que conozcas para que a vos no te pase. Hace siete años, para el día de la madre, yo me quedé embarazada de tu hermana Milagro. ¡Para colmo, ese nombre! A vos y a tu hermano, que ya tenían más o menos diez y doce años, los mandamos un rato con tu abuela para que celebraran también el día con ella. ¿Te acordás de que ese día los llevó a tomar la merienda a la confitería *Oh, París?* Bueno, ese día. Y sé que fue ese día y ningún otro porque no pasó nada entre tu papá y yo en por lo menos un año para atrás ni hasta que dejé de darle la teta a tu hermana. Dieciséis de octubre de 2011. Lo tengo grabadísimo. Y con tu papá nos pusimos juguetones ese día. Pocos momentos teníamos en aquellos días para hacerlo. Pero no era el tiempo, lo que no había era deseo. Ya no andaba

la cosa entre nosotros. Pero, ese día, conectamos. Vos ya estás grande, ya puedo contarte esto. La cosa fue que él no quería usar forro y quedamos en que iba a acabar afuera. Él dice que se olvidó. Para mí que se cagó en todo. Y, en algún punto, lo entiendo, ¿sabés? La vez que garchábamos después de por lo menos un año, el tipo estaba disfrutando y se olvidó de todo. Pero yo soy más fértil que la tierra negra, qué querés que te diga. En el mismo momento, supe que estaba embarazada. Lo que lo puteé... Lo que lloré... Yo me había anotado para cursar una maestría. Y la tuve que dejar. Se cursaba una vez por mes, todo un fin de semana, diez horas por día, en Buenos Aires. Y yo iba a estar recién parida a mitad del primer año de cursado. Imposible.

Sí, ahora ustedes le llaman violación a eso. Vos tenés ESI y todas esas cosas. Yo no tuve nada parecido. Yo fui a una secundaria religiosa en los noventa. Para nosotras, para mí y mis amigas, fue un pelotudo, no un violador. Le bajábamos el precio a esas cosas. Un forro, dijo una. Y nos reímos. Para nosotras, en ese momento, no era para tanto. Eran cosas que pasaban. Como también había minas que decían que se cuidaban y no lo hacían para embarazarse y enganchar así al tipo. Yo agradezco que vos no lo hagás, que vos no le bajés el precio a esas cosas, que vos tengas la teoría y unas amigas que

no se te caguen de la risa ni te envidien cuando les decís que un tipo se te puso pesado y mano larga en un boliche. ¿Por qué te creés que te di la plata para que te compraras el pañuelo verde y para que le compraras también a tu amiga, que no tenía un mango? ¿Por qué te creés que nunca te he dicho que no cuando me has pedido plata para comprar esos libros feministas o para ir a ver a esas estandaperas?

Qué sé yo por qué seguí con tu papá después de eso. Bah, en realidad, sí lo sé. Ustedes iban a escuela privada. Cara. Muy cara. Y yo venía de una familia muy de clase media. Yo me casé bien. Me casé con un tipo de buena familia. De plata. Fue lo que me enseñaron. Era lo que estaba bien. Y el precio de eso, de casarse bien, es bancarse cualquier cosa. Del tipo y de su familia. Milagro, me obligó a ponerle, el muy hijo de puta. Milagro, una mierda. Me acabó adentro. Las bolas, milagro. Pero era el nombre que quería la madre de él. Nos ofreció un departamento, la muy yegua, si le poníamos ese nombre. Porque yo me había retobado y no quería. Pero fue una oferta que no podía rechazar nadie. Nos asegurábamos pagarles la facultad a ustedes. Claro, la vieja ya tenía la Pili, le faltaba la Mili. Y así se recibió de vieja bien. Bien conchuda.

Hola, Mili, mi amor. Gracias por el dibujito,

hermosa. Vení, dame un beso. Yo también te amo, linda. No, no estoy llorando. Me dio alergia por el polen, ¿viste que siempre me pasa en primavera? Bueno, andá a jugar con la vecina, dale. Sí, voy a poner el dibujito en la heladera. Sí, lo voy a agarrar con el imán de Peppa Pig. Andá, andá. Bueno, esa es la historieta. Por eso esta cara de culo. Y vos sabés que la amo a tu hermanita. Me costó quererla, no te voy a decir que no. Pero aquí estamos. Pude elegir quererla.

Nah, qué me voy a andar separando a esta edad, dejate de joder. ¿Vos te bancarías vivir con lo que a tu viejo se le ocurra pasarnos por mes? Mirá que tiene todo en negro. Ni una propiedad tiene a su nombre. Ni siquiera esta casa.

¿El departamento ese que nos dio tu abuela? No, está a nombre de ella. Lo administra tu viejo, lo del alquiler lo cobra él. Pero está a nombre de ella. Nunca factura un solo laburo tu padre. Está en la categoría más baja del monotributo, imaginate. ¡Con lo que cobra! ¿Cómo era esa canción que volviste cantando el otro día de la marcha? ¿La vida es corta, hacete torta? Eso tendrías que hacer vos. Los tipos son todos un asco. Te usan para lucirte con la familia, para que puedan confirmar que no son putos ni estériles. Necesitan la foto familiar. Dos hijos por lo menos y todos mirando a la cámara y

sonriendo. Pero no nos quieren, quieren a sus amigos, a su guita, hasta a su perro lo quieren más que a una. Y te usan para compararse con los amigos, a ver quién tiene la mina con el mejor culo. Y ahí estamos las pelotudas, yendo al gimnasio todos los días, pensando que estamos compitiendo entre nosotras. ¿Vos sabés que, ahora que lo pienso, hasta sospecho que tu viejo no se bancaba que yo fuera a tener un posgrado? Si las minas solo somos un buen culo y la niñera de sus hijos. Qué gran cosa fue cuando dejaste de ir a misa. Cómo lo disfruté. ¿Y cuando hiciste la apostasía? La cara de tu abuela cuando se enteró la tengo gra-ba-dísima. Yo creo que la podría reproducir a la perfección. Tendría que buscarme uno de esos canas que hacen los identikit. Lo haría y me la tatuaría. Podría ser mi primer tatuaje, ¿no?

Bueno, hasta que me tomé un vino en el día de la madre y abrí la boca. Y no la cerré más. Algún día lo íbamos a tener que hablar. Pero, bueno, eso. Por eso la cara de culo en el día de la madre. ¿Alguna otra pregunta, mi amor?

Confluencia

—Te amo.

—¿Y para qué me lo decís?

—No te lo digo para nada. Te lo digo porque lo siento.

—Pero hoy estás con otro.

—Te amo a vos.

—Pero a él no lo vas a dejar.

—No.

—¿Y a qué estás jugando conmigo?

—No juego. Te amo. Nunca te dejé de amar, nunca te dejé de esperar. Y lo sabés.

—Sí. Lo sé. Ahora, lo sé.

—Ahora.

—Sí, ahora.

—¿Y eso qué cambia?

—Cambia que ya es tarde, que vos ahora tenés otro. Que no lo vas a dejar. Que tenés que mentirle a él para verme. Que ya no se va a cumplir mi sueño de que vivamos juntos, de que formemos una familia.

—Cuando estábamos haciendo de ese sueño algo posible, vos me dejaste.

—Sí. Y me arrepiento. Hace diez años que ven-

go arrepintiéndome.

—Diez años, una vida.

—Sé que no me lo vas a perdonar. Pero menos me lo voy a perdonar yo. Cada segundo que no te veo es un flagelo.

—Ahora.

—Sí, ahora. Me di cuenta demasiado tarde.

Ella levanta los hombros y, con un gesto de desdén, sin abrir la boca, dice Te lo dije. Él baja la mirada. El silencio inunda la escena.

Aún mirando al suelo, él dice muy bajo:

—Perdón.

Ella comienza a vestirse, en silencio. Él saca de la manga la carta que se había jurado no jugar nunca:

—Vos tampoco cumpliste con tus promesas.

—¿Cuáles promesas?

—Con una sola no cumpliste. La más importante.

—¿Cuál?

—La de que te ibas a suicidar tirándote de un puente si yo te dejaba.

—Es cierto. No he cumplido.

—Pero lo que yo prometí y no cumplí es imperdonable para vos.

—No tiene sentido explicártelo ahora. Nunca tuvo sentido explicarte nada. Nunca me escuchaste, nunca me viste.

—Sos injusta.

—Y vos sos un pelotudo.

—Yo te amo. Te amaba... Y te amo.

—Sos un imbécil.

—¿Qué querés?, ¿para qué me seguís buscando? Me decís que me amás, pero a él no lo vas a dejar... Cada vez que nos vemos es para coger y para que me insultes... No sé qué te pasa. Te volviste loca.

—La machiruleada que faltaba.

—Está bien, la pifíé. Perdón. Lo que pasa es que no entiendo qué querés de mí.

—Ya no quiero nada.

—Vos y yo sabemos que es mentira. ¿Qué hacés vos acá, en mi cama, ahora?

—Ya no estoy en tu cama.

—Hasta hace cinco minutos, sí.

—Cinco minutos, una vida.

—Me dijiste hace un rato que me amabas... Que me amás.

—Sí. Te amo. Pero no es suficiente. Vos no me mirás. No me hacés sentir amada. Yo te di todo. Y vos nunca me hiciste sentir amada.

—Te acabo de decir que te amo. Te lo he dicho mil veces. ¿En serio estás diciendo que no te lo he dicho, que no te lo he demostrado?, ¿te acordás cuando...?

Ella interrumpe:

—No caigas tan bajo esta vez, por favor. No sa-

ques otra vez el listado. Ya me lo sé de memoria. No se trata de enumerar hechos.

—Me estás diciendo que no te hago sentir amada. ¿Acaso no recordás que...?

Ella interrumpe nuevamente:

—¿Ves que no entendés nada?

Él cae al suelo, de rodillas. Suspira hondamente. Se agarra la cara con ambas manos. Se hunde los dedos en las mejillas. Se clava las uñas en la piel.

—Tenés razón. No entiendo nada. No te entiendo. Me desorientás.

—Ya es tarde.

—¿Para qué?

Ella lo mira. De sus ojos mana fuego, primero, y decepción fría después. Él sigue arrodillado y siente un torbellino de enojo, frustración, ganas de matar... Siente que todo lo que pueda hacer o decir será inútil. Se sabe derrotado. Ella guarda sus cosas en la mochila.

—Estoy embarazada.

A él se le detiene el corazón. Pasan dos o tres segundos, una vida. Las miradas se cruzan con una intensidad inédita.

—¿Qué?

Ella no contesta. Se da vuelta y toma el picaporte. Él, con un hilo de voz, pregunta:

—¿Es mío?

Ella sale. Se sube a la bicicleta y se va. No mira hacia atrás.

Veinte minutos después, llega hasta la confluencia de los dos ríos que rodean la ciudad. Se detiene. Deja el vehículo a un costado y camina unos pasos. La inmensidad que tiene ante los ojos es avasallante. Ve, pero no mira. Ya no. Repasa momentos vividos ahí con uno, con otro.

Le suena un recordatorio en el celular. Saca de la mochila un blíster y una botella de agua. Se toma la pastilla que se tiene que tomar, se dispone a guardar todo, pero no lo hace. Se toma también las otras quince que le quedan. Bebe medio litro, se sube a la baranda de cemento y salta.

Dos hombres se encuentran en la sala de espera de un hospital. Se miran. Uno de ellos pronuncia dos veces el nombre del otro, primero con un tono interrogativo y, después, afirmativo. El otro traga saliva y asiente. El que pronunció el nombre invita al otro a tomar un café.

Elaboración artesanal

Una hojita de albahaca, tres granitos de pimienta, un diente de ajo. El ajo no es para que le dé gusto, sino para evitar el botulismo. Una hojita de albahaca, tres granitos de pimienta, un diente de ajo. La albahaca y la pimienta sí que le ponen gusto a la salsa. A mí no me gustan ninguna de las dos. Las detesto. La albahaca es horrible e invade todo, y morder un grano de pimienta es lo peor que me puede pasar en la vida. Por eso es que elijo esta tarea, para poder hacer mis diez botellas a mi gusto: en vez de albahaca y pimienta, a las mías les pongo orégano y merkén. El merkén lo conocí el año pasado, cuando vino mi tía Javiera. Es un ají molido picante y ahumado. Es de la isla de Chiloé, en el sur de Chile. El orégano lo cosecho yo, del jardín de mi casa. El año pasado, la acompañé a mi mamá al vivero y vi que había macetitas de un montón de cosas y le pedí que me comprara una de orégano para poner en el jardín. Amo el orégano. Le pongo a casi todo. No cocino muchas cosas, pero a lo que puedo, le pongo. A esa plantita la riego y la cosecho yo. Es mía. Mía y de nadie más. Aunque mi hermanita se quiere apropiarse de todo. Todo tiene que ser

para ella. Con el orégano lo intentó, pero no la dejó. *Il iríguini timbiín is mii.* Tarada. Todo lo de ella es de ella y todo lo mío, también.

Una de albahaca, tres pimientos y el ajo. Mi mamá me dice que la deje, que es chiquita, que los hermanos menores hacen eso porque nos admiran a los mayores. A mí ya me tiene harto la pendeja. Con lo de los tomates, lo mismo. Para diferenciar mis botellas, las que tienen orégano y merkén, les pongo una lanita atada en el cuello. Y ya saltó ella con que *Yi timbiín quiri bitillis sili piri mí, quin linitis risidis.* Así que ahora le tengo que hacer tres botellas que son para ella. Para qué mierda las quiere, si tiene cinco años. No cocina, no sabe, no le interesa. Ni siquiera ayuda cuando mi mamá cocina. Es solo para llamar la atención. Todo lo que hace, lo hace para llamar la atención. Una hojita de albahaca, tres granitos de pimienta, un diente de ajo. No le alcanza con ser celíaca y que todo lo que sea para ella tiene que hacerse con mucho cuidado. *Si tocaste pan, no la toqués, te lavás las manos antes.* Una hojita de albahaca, tres granitos de pimienta, un diente de ajo. *No, en ese plato no, que abí cortaste pan.* Intolerante a la lactosa, también. Mi mamá no compra casi nada de lo que me gusta porque, para colmo, todo lo que mi hermana come es caro y *la plata no sobra.* Y es densa, la guacha. Viene y jode, viene y jode, lo que tengo

lo quiere, no me deja tranquilo ni un segundo. Antes, me ponía arena en los bolsillos y la amenazaba: sacaba un puñado y le decía que era harina, que se la iba a soplar en la cara y que se iba a morir. Con eso, conseguía alejármela cuando se ponía pesada. Pero, después, mi mamá me retó y me dijo que basta, que soy un grandote huevón y que hago llorar a una criatura. Sí, una criatura, un angelito inocente y tierno es. Como Lucifer. Así que, recién, cuando los grandes no estaban viendo, me aseguré de que ella sí me viera y agarré el paquete de harina, metí la mano, saqué un puñado y me lo metí en el bolsillo. Ella se puso a gritar *Mimí, mimí, vini*. Yo le dije que se callara, que no dijera nada o le mataba al conejo. Mi mamá, cada vez que se separa de un novio, adopta un animal. Así, ya tenemos tres gatos, dos perros y ahora este conejo, con el que, obviamente, la pendeja se encariñó. A todo el mundo le dice que es de ella, de ella sola. Lo bueno fue que se calló. Le dio miedo, le vi la cara. Por lo menos hoy, sé que me va a dejar tranquilo. Una hojita de albahaca, tres granitos de pimienta, un diente de ajo. Y eso es genial porque nos quedan un montón de horas acá.

Lo que no me gusta del día que hacemos salsa con toda la familia es que me despiertan más temprano que para ir a la escuela. De noche. Y, para colmo, un domingo. A las 8 de la mañana, se prende

el fuego, siempre en la casa del tío Ernesto, que es el que tiene el patio grande de tierra, el tacho de doscientos litros y la máquina para tapar las botellas y los frascos. Ponen el tacho, lleno de agua, sobre cuatro pilas de ladrillos. Entre los ladrillos ponen la leña. Cuando el agua ya está caliente, meten los tomates en esas redes que están en las verdulerías, donde vienen las cebollas, y los sumergen un ratito. Eso les ablanda la piel. Después, en uno de los mesones, los van pelando con cuchillos. Yo, el primer año que participé, que me puse a hacer la salsa con los grandes en vez de jugar con mis primos, estuve ahí con los tomates. Pero son muchas horas de tener las manos mojadas. Y se me hicieron mierda. Por eso, el anteaño pasado, me mandaron a hacer esto de que, una vez que los pelaron en el primer mesón y los metieron en frascos y botellas en el segundo, yo les agregara estos tres ingredientes antes de que les pusieran las tapas. Y ahí fue que se me ocurrió ponerle a las mías orégano en vez de albahaca y pimienta. Lo del merkén se me ocurrió el año pasado. Antes no lo conocía. Y este año, obviamente, le pedí a mi mamá que me comprara mucho merkén de vuelta. Ella me dijo que no tanto porque es caro. Y que, además, ya el año pasado me había salido muy picante, que no le pusiera tanto esta vez. *Después se le puede agregar cuando cocinás la salsa, me*

dijo. Veremos cómo me sale este año. El orégano es todo de mi planta, que se puso amarilla por partes en estos últimos meses, pero pude cosechar lo suficiente para mis diez botellas. Lo bueno del orégano es que mientras más lo cosechás, más crece. Eso me lo contó la chica del vivero. *Las aromáticas son plantas generosas*, me dijo después. Y es cierto. Crece muy rápido cuando la podás desde bien abajo. Albahaca, pimientos, ajo. En el segundo mesón, meten los tomates ya pelados en los frascos y las botellas y me los pasan para acá. Con las botellas cuesta más porque algunos tomates son muy grandes y hay que apretarlos mucho para que entren. O cortarlos. Pero perdés mucho tiempo si te ponés a cortar.

Una albahaca, tres granitos de pimienta, un ajo. Albahaca, pimientos, ajo. Me tengo que concentrar. Ya el año pasado, me retaron varias veces porque me colgaba pensando cosas y me quedaba quieto mirando la mesa. Y las botellas se me acumulaban. Yo pienso mucho, pienso muchas cosas, todo el tiempo. Cuando algo me da bronca, sobre todo, no puedo parar de pensar. Mi mamá me dice que eso no sirve, que tengo que pensar menos y hacer más, que la bronca hay que sacarla, que lo que no saco se me pudre adentro. Una albahaca, las pimientos, el ajo. Cuando hacemos salsa están todos histéricos, re apurados. Siempre dicen que cuando se apaga el

fuego del tacho, o sea, después de hervir las botellas ya tapadas, se enciende el de la churrasquera. Ese es el incentivo, dicen. Que cuanto antes terminemos con la salsa, antes vamos a comer el asado. Mi tía me dice que no es salsa, que es conserva, que metemos los tomates enteros. Es una boludez. Si les digo a mis amigos que hago conserva, no me entienden y tengo que andar explicando. Y todo el mundo sabe lo que es hacer salsa de tomate.

Las botellas ya las traemos con las lanitas puestas desde nuestra casa. Ayer me puse con eso: diez con lanitas verdes para mí, tres con lanitas rosadas para la pendeja. Ahora voy a hacer mis botellas. Tengo que secarme las manos con el repasador y sacar de mi mochila el merkén y el orégano. Ahora, lavarme las manos, secarme bien y un puñadito de orégano, otro de merkén, el ajo y la botella se va para la última mesa. El orégano, el merkén, el ajo; orégano, merkén, ajo; orégano, merkén... ¿Qué carajo quiere ahora la pendeja? Me dice, con la manito, que me agache. Se me acerca a la oreja, se pone las dos manos como paréntesis a los costados de la boca. *Yo hago pichí todos los días en tu orégano.* Y se va corriendo, la muy hija de puta. La voy a matar. Guacha culiada.

Para colmo, me apuran ahora. Orégano, merkén, ajo. Ahí va la última botella mía. Ahora, las de la pendeja. Me lavo las manos, me seco bien. Albahaca,

tres de pimienta, manos a los bolsillos y un ajo. Albahaca, tres de pimienta, manos a los bolsillos y un ajo. Albahaca, tres de pimienta, manos a los bolsillos y un ajo.

La que había sido

No hay peor muerto que el que todavía respira.

Débora Benacot

Sí, claro, pasó, le respondió la señora. Y María se sorprendió de que hubiera sido tan fácil, de que no hubiera encontrado ninguna de las dificultades que anticipó, de que no hubiera tenido que recurrir a ninguno de los argumentos que se había armado. Esa sorpresa la detuvo un segundo. Pero solo un segundo. Y entró. Apenas puso un pie adentro, recibió el primer cachetazo: la casa seguía oliendo igual. Eso le produjo una mezcla inexplicable de sensaciones contradictorias. Familiaridad y extrañeza. Un vacío en el estómago, también. El living, tan parecido a como lo recordaba, la dejó perpleja. Unos segundos después, comenzó a notar las diferencias: mesa y sillas más nuevas, de diseño más actual; el piso ya no estaba cubierto por aquella alfombra emblemática, hecha a medida —*carísima, regalo de casamiento de mi tía Clarita*—, de color camel con líneas rojas que dibujaban curvas y contracurvas que el hermanito de María usaba de pista para sus autitos; las paredes ya no lucían los cuadros de Augusto Rojo, aquel

famosísimo pintor amigo del abuelo, sino láminas enmarcadas con fotos de distintos museos icónicos de Europa; la araña que colgaba del techo ya no estaba, pero había sido remplazada por otra lámpara no menos lujosa.

María había fantaseado mucho con ese momento y seguía sorprendida de lo fácil que le había resultado acceder. Hacía un año que trabajaba en el centro, a una cuadra y media de la que había sido la casa de su abuela. El colectivo que la llevaba pasaba por la puerta y la dejaba en la esquina, a unos veinte metros de aquella casa. Desde muy chica, ella había fantaseado con tocar el timbre y pedir que la dejaran pasar para ver qué reconocía de aquella casa que había sido su jardín de infantes, lo mismo con aquella otra casa en Godoy Cruz en la que vivió hasta sus ocho años. Pero nunca se había atrevido. Y ahora estaba ante esta nueva obsesión. Si bien cuando bajaba del colectivo tenía que caminar hacia el lado opuesto, cada vez con más frecuencia buscaba la excusa para pasar en algún momento por la puerta de aquella casa, la que había sido la casa de su abuela Yaya: bajaba una parada antes porque tenía ganas de caminar un poco antes de pasar cuatro horas sentada, o se ofrecía a ir a comprar el almuerzo para todos los de la oficina. Y cada vez se detenía un ratito, miraba el timbre. Alguna vez lo

tocó, sin presionarlo, lo acarició. Mientras iba en el colectivo, imaginaba lo que diría, las explicaciones que le pedirían, sus posibles respuestas; se pensaba compungida, o segura y tranquila, o rogando, o... Pero todo aquello le resultaba inverosímil. Una amiga le dijo *Vos dale, no la pienses: salís una tarde del trabajo y vas y tocás el timbre; el no ya lo tenés, no perdés nada con intentar.*

Y eso hizo un viernes. Y cuando vio salir a la señora, no la dejó ni saludar: le habló a una velocidad que le salía solo cuando rendía un examen en la facultad, aquella vieja estrategia de hablarle al otro, casi rapeando, hasta en las inhalaciones, para confundirlo, para obnubilarlo, para dejarlo perplejo, para no dejarlo meter bocado.

Sí, claro, pasá, le respondió la señora. Y María se sorprendió de que hubiera sido tan fácil. Después de examinar el living, le informó a la mujer que iba a ir al baño del pasillo y se sorprendió de estar actuando con tanta seguridad, de estar sintiéndose tan dueña de la situación. La señora la seguía de cerca, no le perdía pisada, no le sacaba la mirada de encima, pero no le decía nada. María entró al baño. El aroma a jabón Dove la recibió, la envolvió. Ahora también había uno en la ducha y otro en el lavamanos, como siempre había tenido la Yaya. El baño era otro, los azulejos eran otros, pero el aroma

era el mismo, con lo que el baño era el mismo. Se sentó en el inodoro. Mientras hacía pis, recordó una charla que había tenido con su madre en ese baño en una ocasión en la que ella se había enojado con la abuela. *La abuela es una persona mayor y a veces las personas mayores dicen barbaridades*, le había dicho la madre. *Pero es tu abuela y te quiere*. Apretó el botón y se lavó las manos. Mientras se las secaba, en un impulso, se agachó a mirar la cerradura de la puerta. Los ojos se le llenaron de lágrimas: ahí estaba, todavía, la plastilina con la que ella misma había taponado aquel agujero unos treinta años atrás. Salió, miró a la señora y le dijo *La plastilina... la puse yo*. La señora le dijo *Sí*. María volvió a no dejarla hablar y le dijo *Gracias, qué loco tantos recuerdos* y siguió su recorrido.

Recordó, mientras caminaba, los almuerzos familiares de los domingos. Todos los domingos, a lo de la Yaya. Recordó lo rico que su abuela cocinaba. Sobre todo, el arroz con pollo. María podía comerse dos o tres platos. *El secreto está en las arvejas. Las compro frescas en la verdulería del Mercado Central. Las de lata que usan las mujeres ahora tienen más gusto a lata que a arvejas*. Recordó las sobremesas en las que se iban con las primas a una de las habitaciones para preparar una coreografía, que luego presentaban ante los grandes, vestidas con ropa que encontraban en

los placares, mientras la abuela servía el café. En la primera habitación a la que entró, la que había sido de su madre, recordó que allí jugaban al cuarto oscuro con las primas. De día lo hacían. Apagaban la luz, cerraban la cortina y le ponían encima el colchón de la cama para que entrara menos la luz. Solo una vez pudieron jugarlo de noche: cuando sus padres y sus tíos las dejaron allí unas horas para irse juntos a ver un recital. Esa había sido una noche feliz. Las bibliotecas empotradas, hechas a medida, seguían en su lugar. Ya no estaban allí los libros de la infancia de su madre, sino que había adornos: jarrones, floreros, estatuillas. Abrió el ropero. Estaba igual, pero vacío. Lo habían pintado, pero todavía se podía distinguir la M que ella había tallado en el fondo de madera maciza con un clavo y por la que tanto la habían retado.

La señora vio pasar a María por el pasillo rumbo a la segunda habitación, con la mirada desenfocada, como en trance. Pero no le dijo nada.

En la segunda habitación, la que había sido de su tío, María recordó los inicios de su adolescencia, cuando la Yaya se había transformado en su confidente ante las peleas con sus padres, ante su primer enamoramiento. María salía de la escuela temprano los miércoles y se iba a almorzar a aquella casa. Se quedaba horas allí, hablando con la

abuela. También recordó que fue por aquella época cuando empezó a sentirse incómoda ante ciertos comentarios de la Yaya, aunque en ese momento no era más que un malestar sin nombre. Muchos años después, con su analista, pudo ubicar desde cuándo había empezado aquello. Lo primero que le empezó a hacer ruido fue que toda manifestación de cariño venía de la abuela en forma de reclamo: cada vez que María llamaba, la abuela le decía *Hola, Mary, hacía mil años que no me llamabas* o *Hasta que te dignaste a llamarme, nena*. Y cuando se despedían, ya fuera por teléfono o cara a cara, cada vez que María decía *Nos vemos*, la Yaya le contestaba *¿Cuándo?*, a lo que a veces le agregaba *Porque vos mucho te quiero, pero me dejás abandonada*. Una vez se lo comentó María a su padre. Y él le dijo que la abuela era así, que tenía esas formas no tan amables, pero que era porque la quería que le decía esas cosas; que no le prestara mayor atención, en fin, que lo importante era otra cosa. Fue una época de mucha ambigüedad: María se sentía cada vez más cómoda, más en confianza con la abuela, pero había un ruido de fondo que crecía lenta pero incesantemente. Ella no se animaba a ponerle nombre y los padres le coartaban la posibilidad de pensar y de decir al respecto.

María llevaba muchas veces a sus amigas a comer con ella a lo de la Yaya. Las amigas, de hecho,

se referían a la mujer como la Yaya. La habían adoptado. Aunque a las amigas también empezaron a hacerle ruido los comentarios de la abuela. A una le dijo que era una burra porque le había ido mal en un examen, a otra le dijo que el feminismo ese del que hablaba era cosa de putas. De todos modos, la querían. Y se reían de ella en venganza. *Vamos a lo de la Yaya lengua letal*, le decían a María, que también había aprendido a reírse. La casa de la Yaya no dejó de ser un lugar seguro para la nieta, que disfrutaba de los almuerzos y las charlas. La abuela le contaba anécdotas de sus años mozos y siempre le tenía un chocolatito o un heladito guardados para el postre. Muchas veces, incluso, María se quedaba allí a dormir una siesta en la pieza de su madre y hasta aprovechaba la tranquilidad de la casa para ponerse a estudiar sin tanto ruido, sin tanta gente dando vueltas, sin el Lolo, su perro, que le demandaba cariño y atención todo el tiempo. La abuela le decía a María que era su nieta preferida. Y María sabía que era cierto, lo sentía.

También en aquella época le empezaron a incomodar los comentarios que la abuela le hacía sobre su aspecto: que *Ese pelo está desprolijo, tenés que ir a la peluquería*, que *Sentate como una señorita, parecés un camionero*, que *Estás gorda, mirá esos jamones; así los chicos no se van a fijar en vos*. Esos comentarios le

habían empezado a incomodar en aquella adolescencia temprana, pero los recordaba desde siempre. Desde chica, recordaba otros como *¿Pantalón violeta, remera verde y colitas rosadas? Mi nieta es un circo.*

Es un lugar pesado el de ser la preferida, demasiada mirada puesta encima, le dijo un día el analista a María. Ella en ese momento no entendió.

Más adelante fue lo de que *El fútbol no es para las mujeres,* que *Son todas gordas tortilleras las que juegan al fútbol,* que *Depilate esas piernas.* Ni qué decir cuando María osó dejar de depilarse las axilas. María quiso más de una vez mandarla a la mierda, pero cómo iba a hacerle eso a su madre. Una amiga le dijo una vez *Vos devolvéselas, hacele el mismo tipo de comentarios. Se va a caer de culo cuando le digas que ella también está gorda. Quizás le caiga la ficha de que no está bueno decir esas cosas tan livianamente.* Pero María nunca se hubiera animado en aquella época. Salió de esa segunda habitación sin haber registrado nada de su interior.

Después llegó lo de *¿En serio vas a estudiar esa porquería de Gestión cultural? Vos querés reventarle el bígado a tus padres, ¿no? ¿Por qué no estudiás una carrera de verdad y después te especializás en eso?* Y María siempre salía de allí herida, aunque no dejaba de ir ni sentía que tenía la fuerza para decirle algo. Se limitaba a ponerle caras de culo y a esperar que su abuela tomara nota de su incomodidad, de su dolor. Más adelante, con

la excusa de que tenía que estudiar para un examen parcial o final para la facultad, fue espaciando las visitas. Como una piña en el plexo solar le cayó el recuerdo de cuando la abuela le preguntó *¿Qué pasa, María, que nunca me has traído un novio? Si vos sos tortillera, te puedo aceptar, pero te podrías ir a vivir a Estados Unidos, como tu primo, que se casó allá con el novio. ¿Viste que la gente es más relajada allá?*

Pero más incómodos, más corrosivos que los comentarios, fueron los actos sutiles, dirigidos, contra Caro, la novia de María: casi siempre, evitaba saludarla —no contestaba fingiendo no haber escuchado o se ponía dura, con la mirada fija hacia el frente, cuando la chica se acercaba a darle un beso— o cambiaba de tema, hablándole encima, cada vez que Caro tomaba la palabra, como si no hubiera habido nadie allí hablando antes. Y los ninguneos y agresiones fueron creciendo: en un cumpleaños de María, en el que Caro había preparado toda la comida, la Yaya, cuando se produjo un silencio, dijo *Felicitaciones, Mary, qué rico está todo. Parece que aprendiste de tantas veces de verme cocinar. Lo más loco, reflexionó María mientras se lo contaba a su analista, fue que toda la familia estuvo hablando un largo rato del tema y felicitando a Caro y después de eso vino el comentario, en un silencio, de una punta a otra de la mesa, que todo el mundo lo*

escuchó y que a nadie le hizo ruido, nadie la corrigió. *Qué lástima que no me vas a dar un bisnieto*, le dijo un día. A lo que María contestó, en tono de broma, tratando de suavizar, que no, que no se lo iba a dar, que a lo sumo podrían visitarse bisabuela y bisnieto. Y agregó después, ya más seria, que con Caro sí pensaban adoptar algún día. La respuesta de la abuela fue lapidaria: *No es lo mismo. Un hijo-hijo, no es lo mismo que un chiquito adoptado*. Una vez que María estuvo descompuesta del estómago, la Yaya le dijo a Caro que ella la había enfermado con su comida vegetariana, que los seres humanos necesitan carne para vivir sanos. También se lo dijo en público, también en una reunión familiar, también todos los otros fingieron no escuchar o eligieron no actuar.

La catarata de recuerdos se aceleró. Entró en una vorágine infernal, irrefrenable. María fue recordando todo aquello que la fue alejando de la abuela hasta que todo quedó en punto muerto, hasta que la Yaya pasó a ser para ella simplemente una señora.

María seguía caminando, con la mirada perdida, sin notar que se le caían las lágrimas. La señora la interceptó con un vaso de agua en la mano. *Tomá, ¿estás bien?* María se tomó toda el agua sin respirar. Y sin responder, siguió. Entró a la que había sido la habitación de su abuela. El aroma a la Yaya seguía allí, intacto, cacheteándola, obligándola a caer

de rodillas, casi un knock out. Pero pudo levantarse. Algo había quedado como cristalizado en el aire, en la atmósfera. María se sorprendía de que, tantos años después, tantas cosas permanecieran como si la casa nunca hubiera hecho el duelo.

Se sintió ahogada, mareada. Sentía angustia, ese corset implacable. Reconoció la sintomatología y salió corriendo a la calle. Mientras María buscaba el clona en la mochila, la señora salió, le extendió otro vaso de agua y le preguntó si estaba bien. María la interrumpió y le respondió aceleradamente que sí, que se había mareado y había salido a tomar aire, pero que ya se tenía que ir, que gracias. *Nos vemos*, dijo mientras se ponía nuevamente la mochila y salía como disparada, sin mirar atrás. *¿Cuándo, Mary?*, alcanzó a oír que le contestaba la señora justo antes de que llegara a la esquina.

Un cuento policial

A mi tía Julia, por suerte, la mató una intoxicación por consumo de comida en mal estado antes de que la esclerosis múltiple se la terminara de morfar. La Tita me contó que cuando se despertó de la siesta, la encontró, ya muerta, sentada en su silla de ruedas con un libro en su regazo. Estación Coghlan y otros cuentos, de Mempo Giardinelli.

—¿Así que leyendo un libro de cuentos de Mempo? —la chicaneé, triunfal, unos días antes de su partida.

—Sí, es bueno. Livianito, pero bueno.

Para mi tía, era livianito todo lo que no fuera ensayo político. Lo único de ficción que se permitía leer sin culpa eran libros policiales. Era fanática de Chesterton y Conan Doyle.

—Pero muy por encima de ellos está Agatha Christie. Mina tenía que ser —me dijo un día mientras me guiñaba un ojo.

A mí me sorprendió lo de Mempo Giardinelli porque ella siempre me había dicho que el tipo era muy bueno como periodista, un tipo pensante, muy comprometido, que incluso estuvo exiliado muchos años en México, pero que, cuando se ponía

a pelotudear con los cuentos, la cagaba. Alguna de sus novelas le había gustado, pero, con los cuentos, no había caso.

—Sí, pero me lo regaló la Tita. Y yo a la Tita le aceptaría hasta un sorete envuelto. Supongo que querrá que yo me distraiga y no piense, que me olvide por un rato del enemigo interno.

Siempre jodía ella con hablar en los términos de los fachos. Su humor era ácido y casi no tenía límites. Ella, que estuvo chupada en la última dictadura, se permitía nombrar a la esclerosis como el enemigo interno.

La Tita era la mejor amiga de mi tía.

—Y vos sos su segunda mejor amiga, no te hagas la boluda —me dijo la Tita en una de aquellas tardes eternas en las que mateábamos las tres y jugábamos a la escoba del 15.

Siempre hablaban en clave. Todo lo decían a medias. De la Tita, nunca conocí su nombre verdadero. De mi tía, nunca supe nada de sus años de militancia. Ni siquiera cuándo la secuestraron y cuándo la largaron. Siempre decía fechas distintas. Las dos (y los pocos compañeros de militancia que les conocí) tenían esa boludez de nunca proporcionarles sus datos a nadie. Siempre sanateaban en el aire y sin titubear cuando alguien les pedía la dirección o el teléfono por algún trámite. Hasta la firma de

mi tía era siempre distinta. Siempre muy distinta. En aquellos tiempos, me imagino que eso les sirvió para sobrevivir. Pero yo las veía hacerlo en el siglo XXI y me reía como si estuviera ante una perfo o un espectáculo de clowns. Lo que más me sorprendía era la rapidez y la seguridad con la que inventaban.

—Una nunca sabe con quién está hablando —me contestaban al unísono cuando intentaba decirles que estos eran otros tiempos, que si pedían la baja de un servicio y daban mal el teléfono era poco probable que el trámite siguiera el curso esperado.

Cuando la tía Julia murió, yo me robé varios libros. Entre ellos, el de Mempo. A mí sí me gustaban sus cuentos y ese no lo había leído. Igual, lo tuve un par de meses en la mesa de luz antes de tener el coraje de abordarlo. Tenía algunas hojas con ondulaciones, como si se hubieran mojado, algo esperable en mi tía, que trataba a los libros con un descuido que yo solo podía perdonarle a ella.

Los cuentos me gustaron. Quizás no tanto como otros que había leído de Mempo, pero me devoré el libro en un fin de semana.

—¿Por qué le regalaste ese libro, Tita? Vos sabías que a ella no le gustaban los cuentos de Mempo —le pregunté unos días después mientras le pasaba un mate.

—Claro que lo sabía, ¿qué te pensás? Pero estaba barato. Y tenía ganas también de hincharle un poquito los ovarios. Me reputeó cuando lo sacó del papel de regalo.

La carcajada de la Tita era estruendosa y duraba varios segundos, y siempre terminaba en lágrimas y en un quéhijoeputa. Se tomó el mate y me lo pasó mientras me decía:

—¿Qué querías que le regalara?, ¿La historia me absolverá? ¿A esa altura de su vida, con la esclerosis que ya la empezaba a hacer mierda? ¿Vos sabés cómo hizo Fidel para escribir ese alegato? Averigüalo y me contás. Un genio, el tipo. Además, era obvio que te iba a quedar a vos ese libro. ¿O no?

Siempre fueron expertas las dos en evadir y la Tita me lo estaba haciendo una vez más. Pero la dejé ganar esa partida.

La conversación se fue por otros lados, por todos los lados, ramificando como siempre. Y terminó ya de noche, las dos brindando con un vinito en honor a la tía Julia.

—Hasta la victoria siempre.

—Hasta la victoria siempre.

Unos días después, estaba yo esperando en la facu que dieran los resultados de un examen y se me dio por guglear. ¡Limón! Con limón fue escribiendo Fidel Castro su alegato, cuya transcripción

fue después el libro *La historia me absolverá*. Escribía con jugo de limón entre las líneas que había escrito con tinta en cartas que les enviaba a diferentes personas, que ya estaban advertidas de la jugada.

No me fue difícil atar cabos. Sí me costó encontrar una plancha. Pero la conseguí.

Las dos páginas del libro de Mempo que tenían rastros de haber sido humedecidas estaban en el primer cuento del libro, cuento que habla sobre un tipo que todos los días sacaba a pasear a su amigo, que tenía una enfermedad que no le permitía ya moverse ni comunicarse, y todos los días fantaseaba con arrojarlo con silla de ruedas y todo bajo las ruedas de un colectivo o de un tren. El tipo sentía que se lo debía a su amigo, que su amigo se lo pedía cada día con la mirada.

Cuando les pasé la plancha a esas dos páginas, lo que ya era obvio para mí, se reveló por fin. En la primera de ellas, se podía leer, claramente, *Dame el OK y procedo*. Y en la segunda, en el espacio en blanco debajo del final del cuento, *Tu amiga, Yiya Murano*.

Obvio que también guleé ese nombre.

No sé si mi tía leyó aquel mensaje oculto. No sé si hay otra forma de leer algo escrito de ese modo que no sea aplicando calor.

Cuando volví a verla a la Tita, le dije que ya había

averiguado lo de La historia me absolverá, le dije que Fidel había sido muy grosso no solo por el ingenio, sino también por la paciencia.

—¿Y las minas que recibían esas cartas y fueron compilando y armando todo eso? No borres vos de la historia a las minas, pañuelito verde.

Siempre me dejaban patinando las dos con esas interpelaciones. Pero retomé el equilibrio pronto.

—Y también releí el libro de Mempo. Con sus entrelíneas y todo. Gracias —le dije, guiñándole un ojo—. Vos sí que tenés ovarios.

—No sé de qué me hablás, pero, ahora que mencionás los limones, ¿viste lo caros que están? Yo pensaba esperarte con un lemon pie, pero estaba imposible, así que compré facturas.

La conversación, como siempre, ramificó.

Choquemos la semana que viene

—¿Qué hiciste, hermano?

—Perdón, flaco. Me colgué con el Whatsapp.

—No te la puedo creer. Mirá cómo me dejaste el auto.

—Sí, me la remandé. Soy un boludo. ¿Vos estás bien?, ¿te golpeaste?

—No, no me pasó nada a mí. Iba con el cinturón puesto. ¿Vos?

—Me pegué en la rodilla, nomás. Pero no me duele mucho.

—Bueno, llamo a la policía.

—No, esperá. No pagué el seguro.

—Uh, qué cagada. ¿Qué hacemos entonces?

—Choquemos la semana que viene.

—¿Qué?

—Sí, choquemos la semana que viene. Yo consigo guita en estos días y pago el seguro y la semana que viene armamos este mismo choque de nuevo, lo simulamos.

—Estás loco, hermano.

—Fijate, es la única que queda. Yo no tengo un peso partido por la mitad.

—¿Pero no es muy fácil que la aseguradora se dé

cuenta de que es una simulación?

—Yo ya lo hice un par de veces y siempre me salió bien.

—Mirá, la verdad, no me cierra ni un poquito, pero si no queda otra, hagamos eso. Por favor, no me falles, que el auto es mi medio de subsistencia. Me echaron del laburo hace dos meses y estoy haciendo changas con el auto: deliverys de rotiserías, entregas de corralones, lo que salga. No la estoy pasando bien y perder el auto, hoy, me mata.

—No, no te voy a fallar, flaco. Sé de lo que me estás diciendo. Yo hace un año que estoy sin laburo. Debo los últimos dos meses de alquiler y sobrevivo con lo que puedo. Pero, palabra de honor, la primera guita que consiga, aunque tenga que vivir a mate en estos días, va para pagar el seguro. ¿Cómo es tu nombre?

—Bruno Santarolli.

—Yo soy Celustiano Pérez. Anotá mi número.

—¿Cómo que te chocaron, Bruno? La puta madre. Nos hundimos en la mierda. ¿El auto sirve?, ¿lo podés seguir andando?

—No. Le dio fuerte en el guardabarros y se le pinchó el radiador. Perdió toda el agua.

—¿Y qué vamos a hacer ahora sin tu auto?

—Puedo hacer algunas de las cosas en bici. Vos seguí con tus changas, Marisa. No podemos bajar los brazos. Yo voy a seguir mandando curriculums. Y me tengo que fijar si me contestaron desde Carrefour o desde algún otro lugar. Mandé varios la semana pasada. Además, el tipo me dijo que me va a pagar. Él no, en realidad. Me lo va a pagar su seguro, pero vamos a tener que volver a chocar cuando él pague lo que debe.

—¿Qué?, ¿cómo sería eso?

—Te vinieron a buscar otra vez los matones del turco, Cacho. Dicen que les lleves cincuenta lucas mañana o ya sabés. Lo único que te pido es que no le hagan nada a la nena. Le hacen algo a ella y yo me muero. Pero antes te mato a vos. Lo sabés, ¿no?

—Choqué recién.

—Lo sabés, ¿no, Celustiano?

—Sí, lo sé. Quedate tranquila, que antes de que le toquen un pelo a la nena, doy mi vida.

—Bla, bla, bla. ¿Cuándo les vas a pagar?

—No les debo tanto. Mañana voy a hablar con el turco.

—¿Chocaste?

—Sí, eso te estaba diciendo.

—¿Y el auto anda? Podrías darle el auto al turco

y te dejás de joder.

—No puedo. Tengo que chocar la semana que viene.

—Hola, ¿Celustiano?

—Sí. ¿Cómo estás, flaco...? Bruno era tu nombre, ¿no?

—Sí, Bruno. Yo bien. Preocupado porque salga bien lo que me dijiste. Quedo en la lona si no sale bien esto. ¿Tu rodilla?

—¿Qué rodilla?

—La que te quedó doliendo cuando chocamos.

—Ah, no, al otro día ya no sentí nada.

—Bueno, joya. ¿Pudiste pagar el seguro?

—No, che. Estoy al horno. Tengo que juntar tres mil pesos más todavía para poder pagarlo.

—Qué cagada. ¿Y qué hacemos entonces?

—Mirá, me da vergüenza decirte esto, como me da vergüenza no poder estar cumpliendo con lo que te dije; pero tenemos dos opciones: que me esperes hasta que la consiga, yo creo que en unos días puedo hacer esa guita, o que me prestes vos esa plata.

—Qué hijo de puta, hermano. No es lo que acordamos.

—Ya sé.

—Mirá. Yo ahora tengo mil doscientos.

—Bueno, dame eso y yo hoy mismo consigo lo otro y voy mañana y lo pago.

—Dale. ¿Adónde te lo llevo?

—Bueno, viejo, mañana lo hacemos. Nos tenemos que juntar a planificarlo bien. No es muy complicado, pero tampoco podemos improvisar.

—Dale. De una. ¿Querés que caiga en un rato por tu casa?

—Dale. Te paso la dirección por WhatsApp.

—Dale. Pagaste el seguro, ¿no?

—Sí, lo pagué ayer.

—Bueno, joya. En un rato estoy por ahí.

—Dale, viejo. Nos vemos.

—Mirá, la cosa es así: para asegurarnos de que todo salga como tiene que salir, lo vamos a hacer de noche, tipo tres de la mañana, en una esquina oscura y poco transitada, cosa que nadie vea nada, que no demos lugar a ninguna sospecha. Vamos a acordar una hora exacta. La cosa es que, un minuto antes de que yo llegue, vos tenés que poner tu auto en la mitad de la bocacalle. A ver si tu celular tira la misma hora que el mío... Sí, joya. Yo te tengo que dar justo en el guardabarros, pegadito a la trompa,

donde te di la otra vez. Te voy a dar más fuerte ahora para disimular cualquier diferencia entre un choque y el otro. Vos ponete el cinturón y agarrate fuerte del volante.

—Bien. ¿En qué esquina?

El día elegido, la hora señalada, el lugar exacto. Bruno y Celustiano han tenido el último intercambio de mensajes de texto y han acordado cortar la comunicación, salvo una urgencia. Para eso, cada uno dejó su celular en el asiento del acompañante, listo para llamar al otro con un solo toque en la pantalla táctil. En dos minutos, Bruno empujará su Renault 19 hasta el lugar acordado; en tres minutos, el Fiat Uno de Celustiano embestirá por segunda vez al auto estacionado en mitad de la bocacalle.

Al auto de Celustiano suben dos de los matones del turco. Uno de ellos se ubica detrás del hombre, a quien le apoya un revólver en las costillas; el otro abre la puerta del acompañante, toma el celular y lo arroja violentamente a la calle, se sienta donde antes estaba el teléfono y le pone otra pistola en la sien al conductor.

—No sé cuál te estás por mandar, pero no vas a zafar. Vos vas a pagar mañana, con guita o con tu hija.

—Yo le dije al turco que mañana le pago y lo voy a hacer.

—¿Y qué hacés acá, a esta hora? ¿Te ibas a rajar, hijo de puta?

—No, ni ahí. ¿A dónde me voy a ir? Yo a mi familia no la voy a dejar en banda.

—¿Qué hacés acá entonces?

—Me voy a juntar con el que me va a dar la plata para pagar mañana.

—Arrancá. Te acompañamos.

—No me va a dar un carajo si caigo con ustedes. Me dijo que fuera solo.

—Arrancá, mierda.

Celustiano enciende el motor y empieza a andar.

Bruno chequea el celular. Ya pasó más de un minuto del momento acordado. Sin dejar de mirar a su derecha, desde donde debería venir Celustiano, toma el teléfono y lo llama. Entra el contestador automático inmediatamente, como si el celular del otro estuviera apagado o siendo usado para una llamada. Este hijo de puta me cagó, piensa, mientras corta el teléfono. Decide esperar un minuto más antes de salir del auto para empujarlo y sacarlo de la bocacalle.

Desde la izquierda, aparece una moto a altísima velocidad. Esquiva el auto y sigue su camino. Desde la derecha, Bruno ve a dos cuadras el Fiat Uno que viene hacia él.

—¿Y ese auto?

—Es del tipo que me va a dar la plata.

—Bajá la velocidad, lo vas a chocar.

Perdido por perdido, me la juego, piensa Celustiano y aprieta el acelerador a fondo. Le prometí al chabón que lo iba a chocar y lo voy a chocar. Y con los tipos estos, hay dos opciones: o me liquidan inmediatamente o se asustan y se van para no quedar pegados en lo del choque.

Desde la derecha del Renault 19, aparece un patrullero que viene a toda velocidad persiguiendo a la moto.

—Frená, la concha de tu madre.

El patrullero y el Fiat Uno chocan simultáneamente al Renault 19.

Mutilado

Vos no te das una idea de lo que es no poder lavarte el culo por tus propios medios. No es solo movilidad lo que se pierde. Es autonomía, es dignidad. La poca autonomía y la poca dignidad que uno pudo ir arrancándoles a la vida, de un momento para otro, ¡zas!, desaparecen. Y uno se ve ahí, arrastrándose, cediendo en sus más íntimas convicciones, accediendo a los más humillantes favores que los otros, con todo el amor del mundo, le hacen. Y, sí, claro, obvio que yo también te limpiaría el culo a vos si estuvieras en mi situación. Y, sí, claro que no sentiría que te estoy humillando. Pero las ayudas a veces son mucho más sacrificio para quien las recibe, ¿sabés? Hay dignidad en decir No, gracias. Y hay terrible sentimiento de culpa, de haber fallado, al recibir un favor, al sentir que uno está en deuda. Y no solo con quien lo lleva en su auto o le ata los cordones, con uno mismo es esa deuda. Mi psicóloga me dijo una vez que las peores deudas son aquellas en las que no hay dinero de por medio. Las de plata se pagan y listo. Las otras inician un círculo infernal de la rumiación, de que uno ya no le va a poder decir nunca más que no al otro, del fallé, del no sirvo, del

me choqué con la pared de mi propio ego, del para qué seguir intentando, del fallé, fallé, fallé. Me fallé. Fracasé. Se me cayó el castillo de naipes. Yo que me creía tan autónomo, tan autosuficiente. Yo que creí, en mi engreimiento, que podía torcer los rieles de lo que ya estaba escrito para mí.

Fui criado por mi abuela, una persona absorbente, complaciente, incapacitante. Si yo perdía un lápiz en la escuela, ella me compraba cinco esa misma tarde. Por las dudas. Para que no sufriera como sufrí la primera vez que me sucedió. Nunca me dejó viajar en colectivo. No sabés cuánto envidiaba a mis compañeros de la secundaria que se movían solos. Nunca me quiso enseñar a hacerme la comida ni a lavarme la ropa. *¿Para qué, si lo puedo hacer yo?*, me decía siempre, *Vos dedicarte a estudiar, que eso es lo importante.* ¿Lo importante para quién, la puta madre? Toda mi adolescencia, soñé con irme de esa casa apenas cumpliera los 18 y poder hacer mi vida a mi manera. No tenía idea ni de por dónde arrancar. Imaginate que empecé a armar mi ajuar acovachándome dos envases retornables de cerveza y un encendedor que alguien se olvidó en un cumpleaños de la vieja. Pero el objetivo era claro.

Un día fui a almorzar a lo de mi tía Muriel porque mi abuela tenía un turno médico. Y la pasamos rebién, hablamos un montón. Y se me ocurrió em-

pezar a hacerlo una vez a la semana. Los miércoles, yo salía de la escuela y me iba caminando hasta su casa. Eran unas diez cuadras. Y llegábamos, ella y yo, más o menos a la misma hora. Entonces, yo la ayudaba a cocinar. Ella me decía *Cortame estas cebollas en juliana* y yo no tenía idea ni de que lo primero que había que hacer era pelar las cebollas. Imaginate si iba a saber lo que era cortar en juliana. Ella me decía que era un inútil y yo le retrucaba que me enseñara a ser menos inútil. No sabés cómo se puso mi abuela la primera vez que usé el lavarropas en mi casa. Había salido a comprar la vieja culiada y, cuando volvió, yo ya tenía un lavado puesto. Y no sabés cómo se empezaron a putear mi abuela y mi tía a partir de esa situación. La Muri le decía que me dejara crecer, que estaba criando un boludo que solo iba a servir para buscarse una esposa que le hiciera hasta el té de la mañana. Y mi abuela le decía *Si a vos no te gusta cómo lo crío yo, lleváelo a vivir con vos; a tu hermano le di demasiadas libertades y ahora está preso, te recuerdo que por eso lo tengo yo al nene*. Casi que llegaban a irse a las manos.

Pero, bueno, para qué aburrirte contándote cosas que ya sabés o que podés inferir fácilmente. Aunque, ahora que lo digo y que me escucho, dudo. No sé qué tanta capacidad de deducción tenés. O, debería decir, quizás, para ser más correcto, qué tan

obvias pueden resultar estas cosas como para que sean tan fácilmente inferibles como yo creo. Porque cometiste un error fundamental. A veces, el amor es un error fundamental. Porque ciega. Cometiste el error de salvarme, de rescatarme de las garras de la vieja culiada. Cuando te conté, completamente devastado, que después de la cirugía, cuando me dieron el alta, fui a parar a lo de mi abuela (porque, con la clavícula y una mano fracturadas y la otra mano totalmente cubierta por vendajes por las quemaduras, necesitaba asistencia y no tenía a nadie más que a ella dispuesto a aplastarme con su incondicionalidad) y que, esa noche, ella me arropó y me dio las buenas noches con una sonrisa de oreja a oreja diciéndome *Qué lindo que duermas acá esta noche. ¿Hacías cuánto que no te quedabas?...* Cuando te conté eso, me dijiste que no, que no tenía por qué soportar tal cosa, que me fuera a tu casa, que, si alguien me iba a lavar las bolas, que mejor fueras vos quien lo hiciera, que vos eras quien me las conocía más en ese momento. Le pusiste onda, le pusiste humor. Y de eso voy a estar agradecido siempre. Pero nos conocíamos hacía relativamente poco. Y vos no sabías, no podías saber —o sí, ya no sé— qué significaba eso para mí. Me rescataste de las garras de la vieja y me llevaste a vivir a tu casa. De mil amores, me hacías de comer, me lavabas la ropa,

me bañabas, me asistías, me confirmabas en cada acción que yo no podía, me humillabas, me llenabas de odio. No hacia vos, no. Odio hacia la vida, que es tan puta, hacia mi destino, que me hizo cruzarme, después de todo lo que viví, con un accidente que me dejó tan disminuido y con una persona tan dispuesta a ayudarme. No termino de dilucidar si tu cara es de horror o de no entender. Quisiera que estuvieras en mi piel, aunque sea por un rato, para que pudieras comprender, sentir en toda su profundidad esto que me arrasa por dentro. Para que pudieras dejar de verme como un monstruo. O para que, al menos, pudieras sentir desde dentro esta monstruosidad. Me siento mutilado, pero no en mis extremidades superiores, sino en el alma, en ese rinconcito de mí que creía haber ganado algo en esta vida y que ahora tiene que ver que alguien, con muchísimo amor, le limpia el culo cada vez que caga, le lava las bolas y los sobacos cada día, le ata los cordones y le corta la comida, para después dársela en la boca. La deuda, la eterna deuda, que crece y crece. El dios usurero, mi mente que me habla, que me manda sus matones para exigirme los pagos. Y yo que soy un excelente pagador, un excelente pagador a quien cada vez le crece más el debe. Quizás sea una deuda impagable, quizás ya estoy condenado para siempre. Aunque, ahora

que lo pienso, quizás haya una forma. Pero no debo pensar en ella. Quizás el destino me dé una mano alguna vez. Aunque ha sido tan hijo de puta conmigo que no lo creo.

Algo bien debo haber hecho en otras vidas porque, sí, ahora hay una luz en esta profundidad abisal. Ahora sí, ahora que por fin vos tuviste tu accidente y has obtenido también tu mutilación, ahora vas a poder entender en profundidad lo que yo nunca pude transmitirte con palabras. Porque no hay palabras en español que puedan dar cuenta de la profundidad y los matices del agradecimiento, de la admiración, del sentimiento de estar eternamente en deuda, del sometimiento. Se abre ahora una luz para que sea posible la empatía, el empate. Ahora yo te voy a cuidar, mi amor. Voy a hacer que tengas una vida más fácil, voy a estar incondicionalmente para vos. Para siempre, todo mi amor para vos.

Hay cosas que deberías saber antes

*Algo nos está pasando
desde que la gente está empeñada
en quererse amar
y en poder vivir.*

Silvio Rodríguez

—Hola, ma.

—¡Hijito!, ¿cómo estás?

—Como el orto, ma. No puedo creer que hayan ganado estos hijos de puta.

—Bueno, Nico, es el juego de la democracia. A veces se gana y a veces se pierde.

—Sí, pero en este caso lo que se pierde son derechos, el trabajo, la seguridad de andar por la calle...

—No creo que sea para tanto. No va a poder hacer todo lo que dice. Además, si lo hiciera, vos sabés que podés contar con mi respaldo. Y con el de tu padre también. No te vamos a dejar tirado. Y tenemos para pagarte, en todo caso, lo que te queda de facultad.

—Vos no terminás de ver el horror que se viene. Por eso votás como votás. ¿Cómo vas a votar en blanco cuando una de las dos opciones era el fascismo más espantoso?

—Pero la otra opción... Bueno, no entremos en eso, hijo. No quiero que nos peleemos hoy. Por favor. ¿Para qué me llamaste?

—¿Viste que ahora se me termina el alquiler y que estaba por renovar, que te pedí tus papeles para que seas garante? Bueno, se esfumó todo eso.

—¿Por qué? ¿Te han cambiado el precio? Sería lógico que lo hicieran. Ponete vos en el lugar de alguien que es propietario y que tiene que firmar un contrato por tres años, en este contexto... ¿Cuánto necesitarías por mes?

—Por lo que me dijo el de la inmobiliaria, sería algo imposible. Ni toda tu jubilación alcanzaría. Y eso que vivo en este departamentito del orto, que si entro yo tienen que salir los gatos porque los cuatro no entramos. Además, no me quieren renovar. Quieren ver qué pasa con la inflación en estos meses y con la nueva ley de alquileres que prometió este hijo de la verga. Me dijeron que ahora desaloje y que llame de vuelta en unos meses.

—¿Lo tenés que devolver pintado?, ¿necesitás plata para eso?

—Sí y sí. Pero además me quedo sin laburo, ma. Cero, nada. Ya dijeron que se acaba la ESI y que se acaba la educación en las cárceles. Y yo hago exactamente eso. Todo mi laburo es dar clases de ESI en contextos de encierro.

—Te dije que no pusieras todos los huevos...

—¡Cerrá el orto! ¿Tan poca empatía vas a tener? Me quedo sin nada de lo que amo, de lo que me formé para hacer. Y me quedo sin un mango. Ni para comprar un paquete de arroz voy a tener.

—Está bien. Perdón... Perdón... ¿Y qué vas a hacer?

—Me da mucha vergüenza esto, ma.

—¿Qué?

—Me voy a tener que ir a vivir a tu casa. Yo sé que vos me has dicho mil veces que esa posibilidad siempre estaba. Y ha sido una tranquilidad para mí saberlo. Pero nunca me lo tomé en serio porque para mí eso era el peor escenario posible. Ya son quince años desde que me fui. Pero ya le di mil vueltas y no me queda otra. Por lo menos, hasta que me acomode un poco y hasta que la cosa en el país sea más clara con la economía.

—La verdad, yo tampoco creía que fueras a volver.

—Pero la posibilidad sigue estando, ¿no?

—Ehhh... sí. Sí... sí, claro que sigue estando.

—Seme sincera. Si no da, no da. Yo de alguna manera me arreglaré.

—Sí, hijo. Sí da. Habría que hablar algunas cosas nomás.

—Sí, de una. Hoy los dos somos adultos. Y hay muchas cosas que vos no sabés de mí.

—Sí. Y hay cosas operativas. Habría que hacer lugar acá. Desocupar una habitación, ver qué hacer con lo que se saca de esa habitación... y pactar ciertas cosas.

—Sí, de una. Y hay muchas cosas que vos no sabés de mí.

—Probame. Soy tu madre, pibito.

—Yo fumo, ma.

—Ya lo sabía. Desde los catorce años fumás. Te juntabas en la plaza con Jorge y con Ariel.

—¿Y vos de dónde sabés eso?

—Ya te dije. Soy tu madre.

—Pero también fumo marihuana.

—¿Y vos te pensás que no lo sé? ¿Cuántas veces caíste a casa con los ojos reventados y olor a porro mal disimulado con sahumeros o perfumes? Hasta con perfumes de mina lo intentabas disimular. Yo puedo parecer boluda. Cara de boluda tengo incluso. Pero no me subestimes.

—Ah, bueno... Ah, bueno... Bien.

—Bien.

—¿Y no te jode?, ¿no te asusta? Yo pensé que vos me íbas a querer internar si te enterabas.

—Nah... ¿Vos te pensás que yo nunca me fumé un porro?

—Ah, bueno... Me caigo de culo... Pero, ¿qué?, ¿cuándo?, ¿en tu adolescencia?

—Uy, qué conserva que me salió el pibe. Esta mañana fumé.

—Ah, bueno... Ah, bueno... Ah, bueno...

—Ah, bueno...

—Bien...

—¿Bien?

—Sí, bien. Quizás podamos fumar juntos algún día. Igual, creo que me daría vergüenza.

—Nah, ¿qué vergüenza? Podría ser divertido... Merca no te metés, ¿no? Decime que no.

—No, tranca. No estoy ni ahí.

—Menos mal... Puedo ser muy abierta con algunas cosas, pero con los merqueros no puedo.

—No, tranca, ma.

—Y esto de los contextos de cárcel, ¿es seguro que se termina ya mismo?

—De encierro. No, la idea es estar en la calle, resistiendo. Y también accionando por el lado de lo legal. Ahí están a full los abogados del sindicato.

—O sea, para un tiempito más, ¿tirarías? Nos vamos a tener que ajustar bastante.

—Sí, y tengo unos dólares ahorrados. Quinientos. Algo tiramos también con eso, en todo caso.

—Bueno, y, ¿qué más debería saber yo de vos que no sepa?

—Y... yo me veo con varias pibas. No estoy en pareja, pero me veo con dos o tres por semana. Y

en general he sido de poner la casa yo.

—Y... no sé si es lo que más me gusta esto de andar metiendo gente desconocida a mi casa todo el tiempo. Vos te cuidás, ¿no?

—Sí, ma. Tranca. No vas a ser abuela tan pronto.

—Tu salud me importa, bobo. Y, sí, tampoco tendría para mantener a dos. Ni a tres. Porque a la piba te la terminaría trayendo a la casa. Si te conozco...

—Sí, no, pará... es un montón. Tranca con eso.

—Bueno, mientras no me traigas a cualquiera, mientras te hagas cargo si alguna me roba o me rompe algo. Y mientras no estén cogiendo a los gritos en el comedor a las tres de la mañana, todo bien.

—Bueno. Joya. Gracias... ¿Y vos, ma?, ¿no estás con nadie? Yo te re imaginaba formando otra pareja después de que te separaste de papá.

—Me ha costado. Vos sabés que yo fui criada de otra manera. Quizás con algunas cosas me he ido aggiornando, pero otras me cuestan. Te fumo un porro, y hasta te lo puedo contar sin demasiada vergüenza, pero hay otras cosas que... no sé si estoy preparada.

—Perdón si es indiscreta la pregunta, pero... ¿no extrañás estar con alguien?, ¿aunque sea algo casual?

—No, algo casual no me va. No soy tan moderna yo. Y, no, no extraño estar con alguien.

—¿En serio?, mirá que el sexo es una necesidad hasta biológica. Bueno, me parece que me estoy yendo al pasto. ¿Qué tengo que andar preguntándole a mi madre si coge o no? Es un montón. Perdón.

—Bueno, no nos va a quedar otra que enterarnos de si el otro coge o no. Si vamos a vivir juntos, vamos a tener que renunciar en buena parte a la privacidad. Por supuesto que mientras menos nos enteremos uno del otro, mejor. Pero hay cosas que van a ser ineludibles.

—Y... sí.

—¿Te acordás de Martina, mi amiga del club?

—Sí, la que tenía un hijo de mi edad, que jugábamos juntos en la pileta mientras ustedes tomaban mates y cuereaban a las otras viejas...

—¿Cómo las otras viejas? Pendejo atrevido. Treinta y pico años teníamos.

—Bueno, para nosotros eran viejas, ¿qué querés que te diga? Pero, sí, hoy pienso en que nos vean como viejos a la gente de mi edad y me quiero matar. ¿Cómo se llamaba el pibe?

—Rodrigo. Hoy es ingeniero. Le va bien, trabaja en YPF.

—Ah, ¿seguiste en contacto con ella? Yo les perdí el rastro hace mil a ella y al hijo. Bueno, desde

que se cerró el club. ¿Por qué me preguntabas si me acordaba de ella?

—Porque, sí, hemos seguido en contacto. Viene seguido a casa.

—No tenía ni idea. Pero no la he visto en tus cumpleaños.

—Es que no queremos levantar sospechas.

—Pará, ah... No, pará... ¿Por qué levantar sospechas?, ¿vos me estás diciendo que...?

—Sí.

—Pará...

—Paro.

—No, seguí. Me caigo de culo.

—Sí, estamos juntas.

—No te la puedo creer. Se me desconfigura el cerebro en 3, 2, 1... Mi madre, a la que yo creía conocer, fuma porro y está viéndose con una mujer.

—No sé si alguna vez tenía pensado contarte. Pero la circunstancia me obliga. Te ibas a enterar muy pronto. O yo iba a tener que dejar de hacer mi vida. Ay, me muero de vergüenza ahora.

—No, ma. ¿Qué vergüenza ni vergüenza? Si algo no soy es homofóbico. Pero una cosa es tener amigas y otra... tu propia madre.

—Dejá de decirme madre, boludo. Si le ponés tanta solemnidad no te voy a creer que no sos homofóbico.

—Tenés razón, ma. Es que no puedo dejar de estar impactado. Es fuerte saber algo así. Igual es lindo. Bueno, no sé, ya me sale el progre que dice lo que debería y no lo que le pasa realmente.

—Bueno, decí que vas al psicólogo. Si no estarías al horno.

—Sí, se va a hacer dulce de leche con esto.

—Mientras no se le caiga la tostada...

—Pero... pará... ¿vos, siendo torta, votaste como votaste?

—No, pará vos. Torta es un montón. No te desubiques.

—Bueno, perdón. Pero, ¿no me dijiste vos que sea menos solemne?

—Una cosa es que no seas solemne y otra es que me vengas a poner vos un mote que no me he podido poner yo en sesenta años.

—Tenés razón. Perdón.

—Y no entremos en la política porque nos vamos a terminar peleando y es lo que menos quiero en este momento.

—Bueno, está bien.

—Porfa.

—Padrenuestroqueestánenloscielosantificado...

—¿Qué estás haciendo? ¿Me estás exorcizando ahora?

—No, le estaba pidiendo a Dios antes de hacerte

la próxima pregunta.

—Vos y tus ocurrencias. Tenés cada salida...

—Bueno, te pregunto: ¿algo más que deba saber?

—Creo que no. Me parece que ya tenés más que suficiente. Lo demás se irá viendo. ¿Y yo?, ¿tengo algo más que saber de vos? Mirá que hasta ahora no lograste asustarme con nada.

—No, ma. Tranca. Bueno..., entonces, ¿puedo irme a vivir a tu casa?

—Si te vas a bancar vivir con una vieja porrera y torta...

Índice

Prólogo, por Mariano Giampietri, Gabriela Araujo, Romina Andrea Barboza y Jorge Aguiar	4
Perrhijo	7
Cara de culo en el día de la madre	13
Confluencia	18
Elaboración artesanal	23
La que había sido	30
Un cuento policial	41
Choquemos la semana que viene	47
Mutilado	55
Hay cosas que deberías saber antes	61



Leonardo Dolengiewich nació en 1986 en Mendoza, Argentina. Es escritor y psicoanalista.

Ha publicado los libros de microficción "La buena cocina" (2015) y "Colibríes feroces" (2019), y el libro de cuentos "La gente no es buena" (2020)

Desde 2016, coordina el taller literario "Con premeditación y contundencia".





¿Vos querés saber por qué tengo esta cara de culo? ¿Justo hoy, en el día de la madre, con cara de culo? Otros años ha sido de tristeza, pero vos eras muy chica para notarlo. Estabas en otra, en la tuya. Ahora estás adolescente y desafiante y me preguntás para romperme las pelotas. Pero, vení, sentate. Acompañame a liquidar lo que queda de este vino. Hay una historia que está bueno que conozcas.

